

TROPAS ESPAÑOLAS EN EL BALTICO

por Narciso Díaz Romañach.

General de Brigada de Infantería (DEM)

— LA TELA DE ARAÑA O RED POLITICA DE NAPOLEON.

Corrían los primeros años del siglo XIX, y seguía en aumento la ambición de Napoleón, en el apogeo de su poder y de su gloria, deseoso de someter mas territorios a su dominio, con el mínimo esfuerzo, y de incrementar sus fuerzas, de este modo, para dar la batalla a los ingleses. Así no es de extrañar que pusiese sus miras en España.

España parecía terreno abonado para la consecución de los propósitos del coloso; con una corte dividida en banderías y camarillas, alentadas por franceses e ingleses, y por tanto con una política exterior incierta; con un válido, primer ministro, Godoy, aborrecido por el pueblo; y con un pueblo que veía en el Príncipe de Asturias y en el apoyo de Napoleón el único medio de llevar a cabo un cambio de gobierno, para tratar de enderezar el desbarajuste y desorganización del país.

Se aprovecha Napoleón, para sus proyectos: de las injustas agresiones de que, por parte de Inglaterra, son víctimas los galeones españoles que traían de Méjico los recursos, casi únicos con que España contaba en ese período de mala administración, sin industria, sin comercio, sin escuadra (destruida en Trafalgar); de los fuertes subsidios que pagaba España al francés para ayudar a los gastos de guerra; del menguado ejército español; y de la reacción del patriotismo del pueblo; factores, todos ellos, en los que creyó entrever la seguridad del éxito fácil.

En su juego político Napoleón se apoya; por una parte en el temeroso y ambicioso Godoy; que había concluido el tratado que nos sometía a Francia, en ayuda económica y de tropas, y al que exige una y otras, prometiéndole para él, el Sur de Portugal, al que nos había obligado a declarar la guerra; por otra en Fernando, que también buscaba la amistad del poderoso y que, como dijimos, era el favorito del pueblo.

En estas condiciones Napoleón obtiene de Godoy la firma del vergonzoso tratado de Fontainebleau (27 de noviembre de 1807), comienzo de una gran traición, y de la convención también secreta de la misma fecha; con estos elementos y apoyado en el tratado de San Ildefonso (18 de agosto de 1796), que le sirvió de base para alejar de España a la flor de sus tropas, el cuerpo de la Romana; ya puede traer a nuestra Patria sus aguerridas fuerzas

y ocupar, bajo capa de amistad, las mejores plazas fronterizas, con lo que asegura así el paso constante, en seguridad, de tropas que no iban destinadas a guerrear contra Portugal, precisamente.

Las fuerzas francesas que iban llegando, y que en octubre de 1808 sumaban unos 245.000 hombres, eran al principio bien recibidas por el pueblo, deseoso como dijimos del cambio de gobierno, y esperanzado en la abdicación del Rey en su hijo D. Fernando, por creer que ellas ayudarían a derrocar al odiado Godoy. Este equívoco fué pronto descifrado y se originó la reacción popular, tan conocida, y que como veremos tuvo eco en españoles que lejos de la Patria, en Dinamarca, y sin comunicación con ella, por indicios y sospechas de lo que ocurría, sintieron vibrar su patriotismo de un modo similar. Así ocurrió que Napoleón, que consideraba a España como un cuerpo inanimado, sufrió la fatal sorpresa de descubrir que sí el Estado había muerto, la sociedad española estaba llena de vida y cada parte de ella tanto dentro como fuera de sus fronteras rebotaba una gran capacidad de resistencia.

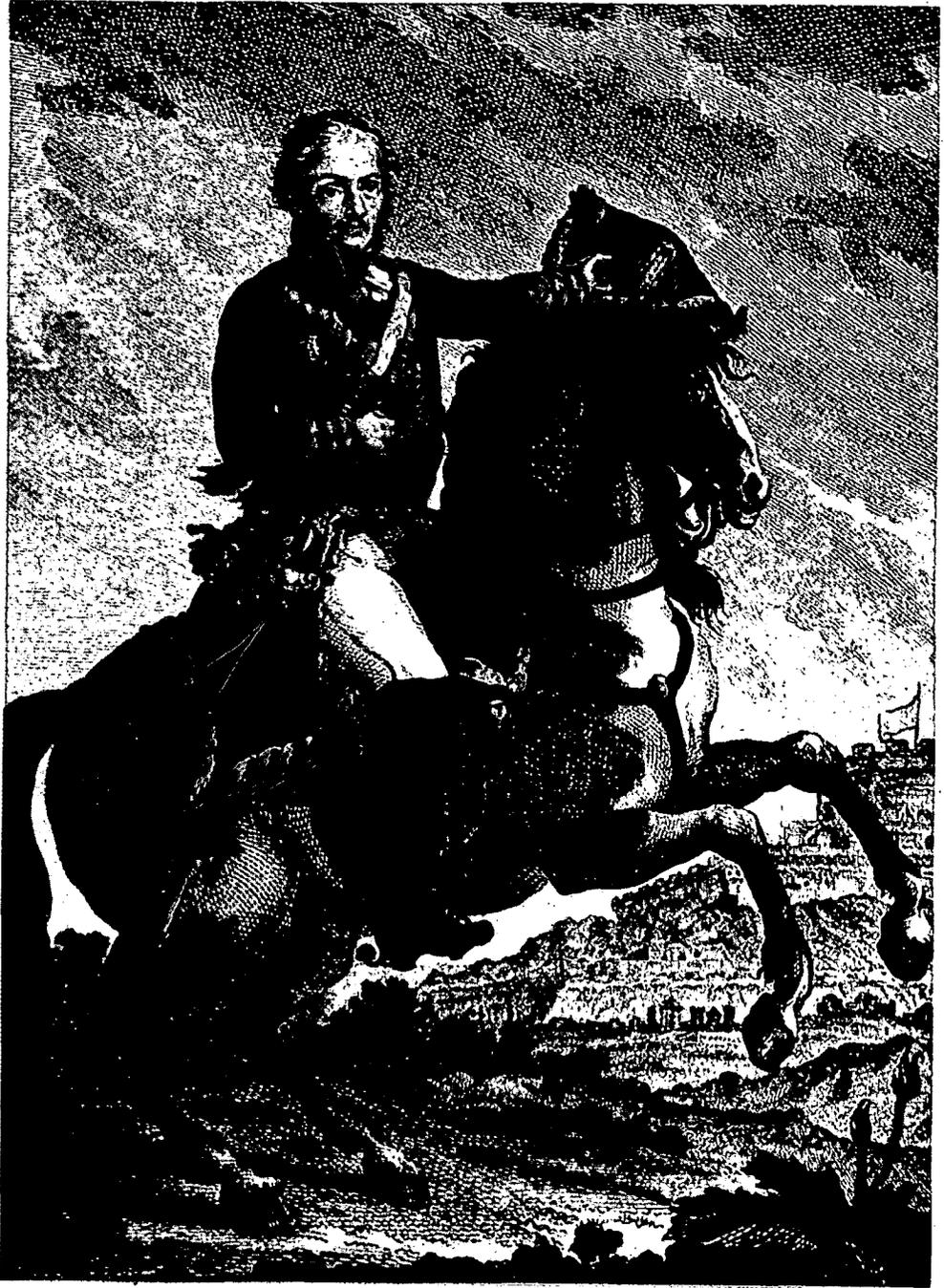
Movimiento de abajo hacia arriba y que pronto contó con el apoyo inglés, unos 24.000 hombres, por su propio interés más que por el nuestro y quizás intuyendo que España iba a ser donde el coloso iba a sufrir el primer revés que haría parpadear su hasta entonces rutilante estrella.

— SE ALEJA A LA FLOR DE NUESTRAS FUERZAS.

Una de las preliminares medidas de Napoleón, en sus planes respecto a nuestra Patria, como hemos indicado, fué la de alejar a la flor de nuestro menguado ejército, compuesto por unos 131.000 hombres de tropas más unos 7.000 oficiales. Se organizó una División con los cuerpos que en 1806 habían pasado a guarnecer el reino de Etruria y con varios de los que guarnecían la península, en total unos 15.000 hombres, entre los que se contaban catorce batallones de infantería y unidades de cinco regimientos de caballería, todas al completo de sus efectivos de pie de guerra, complementados con artillería y zapadores (ver detalle en estado n° 1 que se acompaña). Dichas fuerzas fueron dirigidas hacia Hamburgo (debían concentrarse en Maguncia para marchar luego a orillas del Elba).

— EL JEFE.

Fué designado jefe de la citada División el Marqués de la Romana cuyos primeros pasos militares se iniciaron en la marina. Era Don Pedro Caro Sureda (3^{er}. marqués de la Romana), según Arteché: «Distinguido en su porte, de una erudición vastísima, animado del espíritu caballeresco que sabe crear el estudio de la antigüedad, a cuyos héroes había tratado de imitar así en las prendas de carácter como en la adquisición y ejercicio de la fuerza y de la resistencia física; si de algo, precisamente, cabía culparle era de un odio exagerado a Francia, sin duda por haber recibido la educación primera en uno de sus colegios y comprendido la frivolidad y altanería de sus habitantes. Era distraído hasta el extremo de singularidades que solo podían recibir tal nombre en persona de su instrucción y nacimiento, y llano en el trato al punto de permitir a su inmediación influencias que algún día podrían comprometerle. Se había acreditado como hombre de valor y de genio para la guerra en la de



(Don Pedro Caro Sureda, Marqués de la Romana, Biblioteca Nacional. Madrid).

la República y lo mismo en la campaña de los Pirineos Occidentales, donde se hizo notable por su arrojo temerario, así como en la de los Pirineos Orientales en que tanto había contribuido a la brillante jornada de Pontós en julio de 1795. Ilustrado, valiente, bondadoso, generoso y llano en su trato, capaz cuando llegase una crisis suprema, como llegó en que la menor perplejidad mata una causa, de sacudir la indolencia a la que frecuentemente se inclinaba, romper las trabas, y, despreciando amenazas o halagos, decidirse a las resoluciones patrióticas más arriesgadas».

Era pues la persona adecuada para el mando de tropas escogidas y, como más adelante veremos, para iniciar y llevar a cabo una tan difícil empresa como la de regresar con ellas a España, desde el lugar donde, en unión de sus fuerzas, se encontraba prácticamente confinado. Sólo la raigambre de un fuerte patriotismo podía ser el móvil de tamaña empresa, intuitivo, previamente, el peligro que España corría.

— LA ESTANCIA DE LA DIVISION ESPAÑOLA EN LAS CIUDADES HANSEATICAS.

A fines de agosto de 1807 estaban reunidos todos los españoles en Hamburgo, e invernaron en las ciudades hanseáticas de Meckelburgo y Pomerania Sueca, los célebres puertos de la HANSA de la Edad Media, estrechamente unidos para defender sus intereses tratando de potencia a potencia con los mas poderosos príncipes y que llegaron a mantener, en la Alemania anárquica, una real prosperidad económica.

Nuestras tropas formaban parte de un ejército, en cuya composición entraban considerables contingentes de tropas francesas y danesas, bajo el mando del mariscal Bernadotte, que extendía su esfera de mando a todas las costas del Suroeste del Báltico y cuyo puesto de mando o Cuartel General estaba unas veces en Schleswing otras en Lübeck o en Stralsund.

Estas tropas, aunque eran lo mejor de nuestro ejército de aquellos tiempos, no impresionaron mucho, a los observadores germanos por su disciplina (Von Suckow en su «From Jena to Moscow»), si bien y por la capacidad grande de adaptación del español, pronto rayaron a la altura de los cuerpos franceses mas brillantes, según Don José Agustín de Llano, ayudante del marqués de la Romana, y por ello fueron muy considerados por Bernadotte, Principe de Pontecorvo, que les mostró la mayor predilección, así como por los habitantes de la comarca que se mostraron infatigables en proporcionarles bienestar y distracción.

Y así transcurrió aquel invierno, en ese período de adaptación de tropas nuevas formando parte de un tan abigarrado ejército.

— SE TEJE MAS LA TELA DE ARAÑA - ORDENES DE NAPOLEON PARA LA DISEMINACION DE LOS ESPAÑOLES POR TODA DINAMARCA.

La marcha de los asuntos de España exigía, en sentir de Napoleón, que iba perfilando el plan contra los Borbones de España, una gran vigilancia y

precauciones excepcionales sobre una masa tan considerable de tropas (no olvidar que en la época de que se trata ya ese contingente podía considerarse como considerable, pues las columnas francesas que entraban en España por el Bidasoa eran de unos 25.000 hombres y las que lo hacía por el Portus eran de unos 12.000, que la batalla de Bailén alineo de un modo efectivo 20.000 hombres por parte española y 13.000 por parte francesa), cuyo espíritu levantisco y arranques de independencia no había dejado de notar el Mariscal Bernadotte, que los admiraba como dijimos, mostrándose no pocas veces indulgente con aquellos que los ponían de manifiesto en sus frecuentes riñas con los franceses y demás soldados de aquel ejército. En cumplimiento de órdenes expresas y admirablemente detalladas del Emperador, fueron estas fuerzas destinadas a ocupar posiciones, que se pueden ver detalladas en el croquis, lo que nos indica lo cuidadosamente que fueron diseminadas para así romper todos sus lazos de cohesión, única garantía de que nada pudiera temerse de ellas, entre Jutlandia y las distintas islas danesas, con lo que no quedaba ningún grupo numeroso concentrado bajo el mando del Marqués de la Romana. Las guarniciones españolas fueron por tanto entremezcladas con las danesas, francesas y holandesas, de suerte que resultase muy difícil concentrarlas, y cuando en marzo de 1808 el Emperador mostró su juego con la traicionera captura de Pamplona, Figueras y Barcelona, las tropas de la Romana estaban ya en los acantonamientos siguientes:

— En la isla de Seeland, seis Batallones estacionados en, y alrededor de la vieja residencia real de Roeskilde (regimientos de infantería de Guadalajara y de Asturias de tres batallones cada uno).

— En Fionia, la isla central del grupo danés, cuatro Batallones y escuadrones de dos regimientos de caballería y con ellos la Romana cuyo cuartel general estaba en Nyborg, el puerto más importante del Gran Belt, distribuidos así: Regimiento de Infantería de la Princesa (con tres Batallones), su 1º Batallón con artillería en Kierteminde (cerca del Nyborg); 2º y 3º Batallones acantonados en Assens y Middlefaast (en el Pequeño Belt, frente a Jutlandia); las fuerzas del Regimiento de Caballería de Almansa, daban la Guarnición de Odensee, la capital de Fionia; las del Regimiento de Caballería de Villaviciosa y el Batallón ligero 2º de Barcelona, acantonaban el Faaborg y Svendborg, en la costa meridional de la isla, y sobre el camino Fassing-Langueland-Laaland-Falster, comunicación la menos expuesta para pasar desde Fionia a la isla de Soeland, camino que habían seguido sin tropiezos los Regimientos de Guadalajara y Asturias para trasladarse a Seeland.

— En la isla de Langueland, frente a la costa sur de Fionia, el Batallón ligero de Voluntarios 1º de Cataluña.

— En el continente, Jutlandia, los escuadrones de tres Regimientos de Caballería, el del Rey en Aarhus, Infante en Randers, Algarve en Horsens; y uno de Infantería, Zamora en Fredericia y sus alrededores, con el 2º jefe de la División.

Pero todas estas unidades no se hallaban concentradas en los lugares citados, sino diseminadas entre aldeas y caseríos y dando destacamentos en lugares del continente alejados de sus Planas Mayores, que eran las que en realidad, se hallaban en las poblaciones costeras citadas.

Era evidente que no tenía ningún objeto militar colocarlas en esta re-

gión, ni siquiera como retuerzo y con miras defensivas para prevenirse de los ingleses, pues no era probable que éstos volviesen en segunda expedición, ya que en la primera, realizada a las ordenes de Lord Cathcart en setiembre del año anterior, habían llevado a cabo completamente su plan destruyendo los recursos naturales de Dinamarca. Para prevenirse de Suecia tampoco, pues si bien Francia y Suecia estaban aún en guerra, el rey Gustavo se hallaba muy ocupado en su guerra defensiva contra los rusos en Finlandia, luego era poco probable que éste quisiese emplear tropas para una expedición contra los daneses. Con miras ofensivas tampoco ya que la flota anglo-sueca, dominaba de un modo tan completo el Báltico y el Sund que no era posible lanzar una expedición desde Dinamarca al sur de Suecia, y era este dominio tan absoluto, que entre las múltiples islas que limitan el Báltico por el Oeste, donde la anchura de los brazos de mar son tan pequeños, las tropas solo podían ser movidas de noche y con infinitas precauciones por la probabilidad de ser sorprendidas, en el paso de unas a otras, por las fragatas inglesas. Además Gotemburgo y otras radas del suroeste de Suecia constituían puertos muy adecuados para concentrar la escuadra inglesa encargada de la observación del Cattegat, de ambos Belt y del Sund. Nada pues podía hacerse contra Suecia, así protegida por el dominio ejercido en el mar y, además, un ataque dirigido contra Helsingborg o Malmoe envolvía grandes dificultades que hacían esta empresa muy arriesgada.

Era evidente que el deseo de Napoleón de diseminar, era para asegurarse contra una acción conjunta de nuestras tropas, toda vez que en Seeland, los 4.000 españoles estaban bajo la vigilancia del grueso del ejército danés de observación contra Suecia, unos 30.000 hombres. En Fionia los 4.500 jinetes e infantes de la Romana estaban acantonados en pequeños destacamentos, mientras que un sólido cuerpo de 3.000 daneses guarnecía Odense, en el centro de la isla separando uno de otro a los Regimientos españoles. En Langeland, posición importantísima, entre el 1^{er}. Batallón de voluntarios catalanes había una compañía de granaderos franceses (unos 100 hombres) y unos 800 daneses a las órdenes del Comandante Mr. Gautier de toda la confianza del Mariscal Bernadotte. Las tropas de Jutlandia estaban mezcladas con la brigada de caballería ligera holandesa y fuerzas de infantería danesas.

Napoleón, con refinado cálculo, había dado las órdenes (en su correspondencia se encuentran todas ellas), para la dislocación del cuerpo español y así hacer imposible cualquier acción común originada por la menor explosión de patriotismo. Para que todos conservasen calma y estuviesen contentos y confiados había enviado fondos para pagar a la oficialidad e incluso anunció su intención de condecorar a la Romana con la Gran Cruz de la Legión de Honor. Además, el cuerpo español gozaba de ventajas extraordinarias tales como, sueldo y gratificación de campaña, habilitación de marcha, raciones abundantes y recibía de los municipios las mismas remuneraciones que se hacían dar los franceses.

Bernadotte cuidaba, con el mayor esmero, que nada faltase a nuestras tropas y no perdonaba medio para halagar a los nuestros en su orgullo nacional y en su espíritu. Su guardia de honor en Dinamarca estaba compuesta de una compañía formada por soldados y clases escogidos del regimiento de Zamora y una sección de 30 caballos del Regimiento del Rey (Arteche), y jamás

en marchas, ejercicios y revistas dejó de manifestar la satisfacción que le causaba, la actitud marcial, la disciplina y la resistencia de nuestros soldados, y les tomó tan grande efecto que fueron sus predilectos. Así es como cambiaron aquellas tropas que un día no fueron consideradas como modelo de disciplina, precisamente, en país donde de la disciplina se hizo culto.

— *INCOMUNICACION, PREOCUPACIONES Y DISGUSTO.*

Ni las consideraciones, ni el bienestar, lograban desvanecer la preocupación, intranquilidad y disgusto que en el cuerpo español producía la falta de noticias de España, que habían llegado con regularidad durante el invierno, y que en los pocos despachos y cartas llegados, iban dejando entrever la gravedad de los sucesos que aquella primavera se estaban desarrollando en la madre Patria. Todos llegaron a atribuir ésta falta de noticias a un secuestro intencionado de la correspondencia privada, y no iban descaminados en su sospecha.

Acrecia ésta preocupación y disgusto las noticias que la lectura de los periódicos franceses revelaban por los que se veía que, en el gobierno de España, se producían cambios de una importancia que no escapaba a la fina sensibilidad de nuestros expedicionarios.

Iba por tanto apoderándose de los ánimos una ansiedad extrema, y las murmuraciones transcendían de los oficiales a la tropa. El mismo la Romana no podía desechar los temores de algún desastre inesperado ante el persistente silencio del Gobierno y el del Generalísimo Godoy, a quien suponía, atinadamente, en la obligación de comunicarle cuantas novedades ocurriesen, más aún debido a lo excepcional de su situación.

Las noticias de entrada incesante de tropas en España, sus direcciones de marcha y los rumores que corrían entre los franceses, sumían al marqués en un mar de dudas y temores.

Ya al recibir la orden de trasladarse a Dinamarca, se habían acrecentado los celos de la Romana, y por ello envió a Madrid con pliegos para el Príncipe de la Paz, a sus dos ayudantes de campo, Don Luis Moreno y Don José Agustín de Llano, que salieron de Hamburgo el 8 de marzo de 1808, y con encargo el segundo de informarse discretamente del estado político y militar de España.

Pero las noticias se iban abriendo paso a pesar de las precauciones de la policía, unidas a las murmuraciones que en el Cuartel General de Bernadotte se escuchaba, en son de crítica, por la conducta de Napoleón, y las cartas que podían llegar se leían con el mayor interés en el alojamiento del marqués de la Romana.

Cuando la primera comunicación del nuevo ministro de Fernando VII llegó a la Romana, halló éste que contenía la queja de que el gobierno no había recibido de las fuerzas expedicionarias, desde enero, ningún despacho y los 15 despachos enviados a él desde Madrid habían quedado sin respuesta. El motivo era que Napoleón había sistemáticamente interceptado todos los documentos que el ministro de la guerra, por una parte y la Romana, por otra, habían confiado al correo francés (Bourriene.- *Memoires*). El último despacho había llegado a sus manos por que cosa tan importante como la comunicación de acceso al trono del rey Fernando, había sido enviado por me-



(Godoy. A. Carnicero. Museo Romántico. Madrid).

dio de un oficial español, al que Bonaparte o Fouché había creído no adecuado arrestar, pensando seguramente en que ya habían interceptado demasiada correspondencia oficial.

El mismo Emperador había enviado órdenes a Bernadotte para que las noticias del motín de Aranjuez fuesen desconocidas el mayor tiempo posible del marqués de la Romana y de sus tropas (Napoleón a Bertier en 29 de marzo), pero con el regreso de Llano acompañado del teniente coronel del regimiento de Zamora y del Coronel Don Martín de la Carrera testigos del 2 de mayo, se pudo conocer la gravedad de los hechos acaecidos, fué pues trabajo inútil el de Bernadotte tratar de dar a conocer los sucesos de Bayona o verdadera traición presentándolos como ventajosos a la prosperidad de España. Estas noticias produjeron en las tropas la misma sensación en Nyborg y en Fredericia que habían causado en Sevilla o en la Coruña.

Las órdenes de Bernadotte para que se mantuvieran las tropas en calma y las recomendaciones de la Romana, no hacían más que enajenar a aquellas voluntades de que se había hecho dueño, y en cuanto a la Romana a comprometer la reputación conseguida con sus brillantes servicios, ya que en aquellos tiempos, cuando todas las clases se fundían en una al calor del patriotismo y uno solo era el deseo, volver a la tierra nativa para vengar las depredaciones del extranjero, la menor apariencia de contemporización producía la ruina y la desestimación, que la preconizaba.

Con todo y como Don José O'Donnell, uno de los jefes del Estado Mayor de la Romana, hace observar, según Arteché, «cuando más se esforzaban en persuadirnos que España estaba tranquila y dispuesta para gozar de una era de felicidad bajo Napoleón, tanto más preveíamos escenas de sangre, luto y desastres que siguieron a estos inauditos acontecimientos».

El 24 de junio con el regreso de Llano, llegaron a Nyborg noticias que mostraron íntegramente cuales eran los planes de Napoleón. Fué comunicado a la Romana que José Bonaparte había sido proclamado rey de España y que había ordenado se transmitiese la noticia a sus tropas informándoles en la orden general de que servirían al nuevo señor. El único comentario a ésta asombrosa información era el que los oficiales españoles podían leer en el «Monitor» y que hacía referencia a la «Regeneración de España». A partir de ésta fecha no fué posible contener, ni con órdenes, ni con consejos, la manifestación externa de los patrióticos sentimientos de los oficiales y tropa.

— PLANES DE RESCATE.— INTERVENCION DE INGLATERRA.

Muy pocos días después de la llegada de Llano, el primer rayo de esperanza brilló sobre el descorazonamiento general. Una de las primeras ideas del gobierno inglés al enterarse del levantamiento general en la Península, había sido la de establecer comunicación con las tropas de Dinamarca, lo cual también interesaba a la Junta de Sevilla que no sabía como retirar ese excelente cuerpo expedicionario. Castaños en su primera entrevista con el Gobernador de Gibraltar, Sir Hew Dalrymple, había expresado el deseo de que el gobierno inglés procurase informar a la Romana de que España había tomado las armas contra Napoleón y de que quería se hiciese lo posible para libertar a dichas tropas si había ocasión para ello. Con la flota de Sir Ricardo

Keates, que dominaba completamente el Báltico según ya se indicó, sería posible rescatar a las tropas expedicionarias, si estas estaban decididas y eran capaces de empeñarse en la difícil aventura de la fuga para ello era necesario saber si el marqués de la Romana estaba dispuesto a arriesgar su vida en tal empresa y si se podía contar con la lealtad de la tropa.

Para arreglar tan importante cuestión, precisaba encontrar algún agente que quisiera encargarse de penetrar en el Cuartel General de la Romana; una tarea nada atrayente pues nada se sabía sobre la manera de pensar de los españoles, ni si querían unirse a éste plan y secundarlo, o si por el contrario queriendo sostener la causa de Napoleón, entregarían, el emisario a la policía francesa. Enviar a un hombre que conociese el continente suficientemente para desenvolverse por el sin ser descubierto y que quisiera correr el peligro de colocarse a la merced del marqués de la Romana en caso de que sus ofertas fuesen rehusadas, no era tarea fácil; pero la persona adecuada la conocía Sir Arturo Wellesley, que iba a embarcar para Portugal, este antes de partir recomendó a Canning utilizase a Jaime Robertson sacerdote católico. Este emprendedor eclesiástico era escocés y había pasado la mayor parte de su vida en un monasterio de Ratisbona, había llegado recientemente a Inglaterra, donde se encontraba de preceptor en la casa de un par católico. Ya anteriormente se había ofrecido a Wellesley como hombre que conocía a Alemania bien y estaba dispuesto a correr riesgos para ser útil al gobierno inglés («A secret mission to the Danish Isles in 1808 Robertson»).

Creyendo que los españoles estaban aún acuartelados en las ciudades hanseáticas y Holstein, Canning hizo preguntar a Robertson si quería encargarse de esta peligrosa misión en el norte de Alemania, el sacerdote aceptó el ofrecimiento y fué enviado a Heligoland donde Mr. Mac Kenzie, el agente británico en ésta isla reciente posesión, le buscó plaza a bordo de un bajel contrabandista destinado en carga a las bocas del Wesser. Robertson fué desembarcado seguramente cerca de Bremerhafen y se dirigió hacia Hamburgo con el objeto de saber si los españoles se encontraban aún allá o si habían sido trasladados hacia el norte, hacia las islas danesas; conocido ésto último, la misión resultó, no tan peligrosa ya que Robertson no conocía, ni la región danesa, ni el lenguaje, pero arredró su ánimo y deseo de llevar hasta el fin su misión, para lo cual se disfrazó de comerciante germano, y haciendo provisión de chocolate y otros artículos que eran muy escasas en el norte, pues los artículos coloniales estaban prohibidos por el «sistema continental» y solo podían ser obtenidos de contrabando, se dirigió hacia los puertos españoles. De este modo quiso conocer si los oficiales españoles sentían necesidad de éstas dos mercancías, verdaderos requisitos; y como era, por supuesto, muy natural que un comerciante intentase hallar entre ellos un mercado de tales cosas, no podía infundir sospechas y así tomaba contacto con los puertos y podía llegar a conocer el ambiente.

Robertson llegó a Nyborg sin mucha dificultad, y tuvo la suerte de poder fundir sospechas, en presencia de la Romana llevando bajo un brazo y una docena de paquetes de chocolate bajo el otro, y con el pretexto de ofrecer ésta mercancía. Cuando se quedó solo con la Romana se confió al marqués, descubriendo, que era un sacerdote súbdito inglés y un comerciante alemán. El marqués estuvo al princi-

pio desconfiado y cauto, pensando pudiera ser un agente provocador del gobierno francés que quería hacerle mostrar su juego, lo que hizo a Robertson temer por su vida; pero aunque no llevaba documentos justificativos de su misión, pues los consideró peligrosos, sí llevaba credenciales verbales que la había dado Canning, las cuales pronto convencieron a la Romana de que no se pretendía tenderle un lazo. Entonces el marqués se confió al emisario, manifestando que estaba disgustado con su situación, que tenía la seguridad de que Napoleón había tramado la ruina de España, aunque no conociese exactamente lo acaecido en Bayona. Robertson expuso el ofrecimiento de Canning, de que si las fuerzas expedicionarias podían ser concentradas en lugares determinados de la costa, la flota del Báltico podría embarcarlos para llevarlos a Menorca, Canarias, Gibraltar, Sur América o algún punto de España que eligiese el marqués. La Romana pidió el plazo de la noche para hablar del asunto con su Estado Mayor, y el día siguiente en una segunda entrevista dió su completo asentimiento al plan, ordenando al sacerdote trasladase el aviso a Sir Ricardo Keates y averiguase que día (cuanto antes mejor) podrían ser enviados los transportes para llevarse a sus tropas. Una vez cumplida la parte más peligrosa de su misión Robertson procuró comunicar con la fragata inglesa que estaba rondando por las costas de Fionia, pero fué arrestado por las milicias mientras hacía señales al buque desde un punto solitario de la costa; su propósito estaba por lo tanto descubierto y solo se escapó gracias a una serie de ingeniosos embustes contados al coronel de milicias ante el que fué llevado por sus aprensos. Dice que al volver a la fonda quiso la suerte que encontrase en la escalera al Marqués, quien lo citó para el día siguiente y en aquella tercera y última entrevista le manifestó la resolución de aceptar los ofrecimientos del gobierno inglés si le daban ocasión y facilidades. Después de ésta entrevista el sacerdote procuró, de nuevo, ponerse en contacto, y ésta vez con éxito, con Sir Ricardo Keates.

Por entonces se propuso por un ayudante de E.M. un plan, que se consideró el mejor, y que consistía en apoderarse de la isla de Langueland, pero el marqués lo creyó prematuro.

Las noticias con el consentimiento de la Romana se comunicaron a Londres y como consecuencia de ello se prepararon los transportes necesarios para embarcar a los españoles. Al mismo tiempo Canning envió a Fionia a un agente de la Junta Asturiana, para llevar a sus compatriotas todas las noticias sobre el levantamiento que había tenido lugar en junio.

— *ESPIRITU DE LAS TROPAS Y DE SU JEFE.*

Mientras tanto la Romana había sondeado a sus subordinados y halló a todos ellos deseosos de unirse al plan de evasión, salvo el brigadier general que mandaba las tropas de Jutlandia, el 2º Jefe, quien mostrando al oficial que fué enviado a informarle del plan, unos puntos de vista carentes de patriotismo, dió lugar a que éste oficial regresase sin revelar su comisión.

El plan concebido por la Romana para la evasión era por demás ingenioso. Se aprovecharía que Bernadotte estaba a punto de girar una visita de inspección para, de acuerdo con lo convenido y bajo el pretexto de realizar una gran parada militar en su honor, reunir todas las tropas que se hallaban dise-

minadas en Fionia y concentrarlas en Nyborg. Los regimientos estacionados en Seeland y Jutlandia, deberían unirse a ellas, cuando se comunicase la llegada de la flota inglesa, empleando para ello las embarcaciones pesqueras amarradas en las radas más inmediatas a sus acantonamientos con las que atravesarían los Belt para unirse al resto de las fuerzas o flota, según los casos y oportunidades.

Un contratiempo sin embargo impidió la completa ejecución del plan. Bernadotte envió una orden, llegada de París, para que los regimientos españoles jurasen fidelidad al Rey José el 30 o el 31 de julio y cada cuerpo fuese concentrado, a este propósito, en la cabecera de su plana mayor. Conocedor del estado de ánimo de los españoles envió la orden por medio de dos oficiales, agregados a su cuartel general, y separadamente a la Romana y al 2º Jefe, para que así ambos generales no pudieran ponerse de acuerdo, y con orden expresa ambos oficiales de que guardasen la mayor reserva, de modo que el Jefe ignorase las órdenes enviadas a su segundo. El 2º Jefe se apresuró a cumplir la orden sin comunicárselo a su Jefe y sin tener en cuenta que asunto tan importante debía llegarle para conducto regular; pero con ello no hizo más que favorecer de un modo indirecto los planes de la Romana.

Estas noticias originaron graves desórdenes entre la oficialidad subalterna y la tropa que estaba en completa ignorancia del plan de evasión. La Romana y sus consejeros entendían que la ceremonia iba a favorecerles puesto que jurar bajo amenaza o apremio no es perjuro y en cambio rehusar originaría el que cayese sobre el cuerpo español un abrumador número de daneses y franceses, con lo que todo el plan para escapar quedaría frustrado; por lo tanto se tomó el acuerdo de que las tropas de Jutlandia y Fionia fuesen a la ceremonia y se determinó que se substituiría en la fórmula de juramento el nombre de Fernando por el de José, pero sin el apelativo de Rey.

Entre las fuerzas de Jutlandia se produjo grave escándalo y el capitán Franco que trató de cortarlo hubiera parecido a no huir, viéndose obligado su jefe para arrancarles el juramento, a poner de manifiesto la obligación de obediencia a su General en Jefe y de solidaridad a la mayoría de sus compatriotas que ya habían jurado. Esta noticia le hizo creer a Bernadotte que lo mismo harían las tropas de Fionia y Seeland, lo que motivó su confiado descuido y con ello la posibilidad de evasión de nuestras tropas.

En Fionia las tropas se condujeron de modo que revelaban el mismo espíritu que en Jutlandia, pero con características de mayor gravedad. Así en Nyborg el día 30 se negaron a jurar y solo se pudo conseguir lo hicieran a base de establecer variantes en la fórmula; en Vindemaye, el 31, ocurrió lo mismo con los artilleros, pero peor iba a resultar el asunto en Odense, donde se había fraguado una verdadera conspiración para negarse a jurar o, en todo caso, imponer una nueva fórmula que se circularía a los demás cuerpos. Con ésta disposición de ánimo nada más comenzar la lectura de la orden fué intrumpida con gritos de «¡Muera Napoleón!», «¡Viva Fernando VII!», desatando tanto más grave cuanto que el acto era presenciado por franceses. Ante la amenaza de su Coronel, los de Almansa abandonaron las filas y no fué posible restablecer la disciplina hasta su vuelta a Odense, no hubo pues juramento.

Lo mismo ocurrió en Middlefaast con el 3º de la Princesa y los Zapado-



(Siglo XIX, año 1808. Fernando VII.) (Granaderos a Caballo). Granada. (Dragones). Del Album de la Caballería Española de Conde de Clonard.

res, éstos se niegan a jurar y los de la Princesa agrupándose alrededor de la Bandera y fijando en ella la vista permanecen largo rato en el mayor silencio; se sigue leyendo la orden y al final en vez de obedecer a las voces de mando para realizar las descargas correspondientes al Batallón descansa las armas silencioso y resuelto, no obstante el Conde de San Román logró al fin hacerse obedecer. Lo mismo ocurrió con el 2º Batallón de la Princesa que solo quiso jurar lo que la Nación jurase y reconociese. Villaviciosa redujo su juramento al que prestase la Nación entera. Barcelona jura al compás de una melodía fúnebre. Y los de Langueland, Cataluña, juraron con análogas fórmulas y reservas.

Ese día se recibió la noticia oficial del reconocimiento y jura al Intruso por la Junta de Bayona, lo que produjo abrumador efecto en nuestras tropas, que no por eso desistieron de sus propósitos de resistir al juramento.

La Romana, para ganar tiempo, escribió a Bernadotte sobre el estado de las fuerzas diciéndole que esperaba que se podría vencer la repugnancia que el cuerpo español sentía por una cosa jamás practicada por nuestro ejército, teniendo en cuenta la carencia de noticias de la Península y las muchas que los ingleses hacían esparcir, a la vez acusaba a un bribón de comisario francés residente en Odense que se había presentado al general pretextando atropellos imaginarios y profiriendo amenazas ridículas. De éste modo pretendió el Marqués neutralizar los efectos que los informes de éste comisario y de otros franceses testigos de las escenas de Odense, pudieran causar en el ánimo de Bernadotte.

Estos sucesos debieron dar ánimos al Marqués que, de ésta manera comprobó el espíritu y manera de pensar de su tropa, espíritu que podría utilizar cuando se presentase la ocasión tratada con Robertson.

Para la jura del Cuartel General que seguía a las anteriores se redactó una fórmula nueva, de acuerdo con el espíritu de las reformas introducidas por los cuerpos, que decía así: «Como individuos del ejército de la Nación española de que formamos parte, y a la que deseamos siempre vivir y morir unidos, y creyendo que ella, por medio de sus legítimos representantes, habrá, con plena libertad, prestado, o dejará prestar, igual juramento que el que se nos exige, juramos fidelidad y obediencia al rey José Napoleón I, a la constitución y a las leyes». Esta era la fórmula dada en Longs-Insul, jurisdicción de la ciudad de Nyborg, por el 1º de la Princesa.

Pero en Seeland pasaron las cosas de otro modo, las tropas se distinguieron por la violencia a que les empujaba su situación más comprometida por estar a las órdenes de un general extranjero. Contribuyó en mucho, según Yoldi, a estas violencias el carácter del emisario Ciran (Privado de ascensos y odiado), Ciran llegó a Roeskilde el 30 de julio y a pesar de los reparos de la Villeuse, que mandaba Asturias, que pedía tiempo para preparar los ánimos, se fijó el juramento para el primero de agosto.

El día 31 de julio el continente de los dos Regimientos de Seeland (Gualajara y Asturias) era por demás alarmante. De la Villeuse hizo los mayores esfuerzos para calmar los ánimos, que pedían el exterminio de todos los jefes franceses. Cuando estaban formados para prestar juramento, se amotinaron, atropellando todo orden, obediencia y disciplina, caen sobre aquellos de sus oficiales que intentan dominarlos y en tropel se dirigen al palacio don-

de se aloja el general francés Fririón, según otros autores y parece los más lógico, Fririón estaba presidiendo la ceremonia (fué donde murió uno de sus ayudantes) y logra ponerse a salvo no teniendo la misma suerte sus ayudantes de campo, Marabail y Laloy, muerto uno y el otro herido y no muerto merced a la intercesión de los oficiales. Ciran se salvó con Fririón y se dirigieron a Copenhague a llevar la noticia de la sublevación, suponiendo, no sin fundamento, que los regimientos marchaban amenazadoramente sobre dicha capital, y en efecto dos Batallones de Guadalajara hacia allá iban con objeto de entregar las banderas, que rumores hicieron correr que Napoleón iba a cambiar por la tricolor, al rey de Dinamarca, y a ponerse bajo su dependencia y amparo; su coronel les pudo hacer desistir de su empeño, ya en camino, y al día siguiente fueron cercados por masas de tropas danesas, forzados a rendirse, desarmados y tuvieron que resignarse a ser divididos por compañías sueltas que fueron confinadas al norte de la isla en pequeños puestos, según Oman, versión mas lógica que la apuntada por algunos autores, que dicen que: «a requerimiento de su coronel desistieron y se establecieron hasta por compañías sueltas al norte de la isla, donde al saberse la fuga de los de Fionia y Jutlandia, fueron desarmados unos por fuerzas muy superiores y otros por la astucia de los generales y agentes del Rey de Dinamarca». Sea una u otra la versión cierta, es el hecho que el rey de Dinamarca tuvo una actuación decisiva en la resolución de este pleito.

«Al inmenso peso de su responsabilidad y no a sentimiento alguno egoísta hay que achacar a la Romana las dudas, las vacilaciones, las debilidades que tuvo con ocasión del juramento», y a ello debía sumarse la carta del Principio de Pontecorvo, al que las alarmantes noticias revelaron el verdadero estado de ánimo de las tropas españolas, en contestación a la suya desde Assens, poco tranquilizadora, por las exigencias y términos amenazadores comunicándoles que iba a partir para las islas con objeto de investigar sobre el asunto, máxime cuando le indicaba que en Jutlandia nadie se había opuesto al 2º jefe, según certificaciones recibidas, a la par que exigía una inmediata respuesta por el portador Mr. Viliat.

— SE PERFILA EL PLAN:

Los hechos anteriores presentaban delicada la situación del Cuerpo español lo que unido a las noticias de España inspiran a algunos oficiales del Batallón de Cataluña la idea de fugarse a los navíos ingleses anclados a su vista, pues afortunadamente se habían recibido noticias de Inglaterra de que la hora de huir era llegada y por tanto la escuadra estaba dispuesta; consíguese que uno de ellos, Fábregues, pueda ir con unos pliegos para el general Fririón y así tener un pretexto para avistarse con algún patrón e ir a la escuadra inglesa de donde avisaría a sus compañeros para irlos a recoger, lo que consigue tras algunos episodios y llega a bordo del «Superbe», donde es bien acogido por Keate. Pero las señales que cada noche desde el día 2 al 4, se hacen desde los buques ingleses no encuentran contestación en Langueland lo que hace temer algún contratiempo grave.

El 4 de agosto según Oman (según otros autores el día 5), solo tres días después del motín de Roeskilde, llega al Báltico el bergantín «Mosquito»,

llevando a bordo al Teniente de Navío Don Rafael Lobo, emisario de los diputados asturianos residentes en Londres, portador de despachos y de proclamas, el que con Fábregues, en presencia, y con el consejo, del contraalmirante inglés deciden la solución más conveniente. Como consecuencia Fábregues esa noche desembarca en Langueland y no encontrando a sus compañeros, por haber sido destacados a otros puntos de la isla, va a la capital donde penetra sin ser visto, pero su falta de prudencia y de habilidad hizo que fuesen pronto conocidos los proyectos, lo que llegó a oídos de Gautier (comandante de la isla), que a su vez lo comunicó a su general. Al fin Fábregues con el teniente Carreras, más prudente que él, fueron enviados por Cuadra con una carta que enteraba de lo anterior a O'Donnell al que se suplicaba influiese en la Romana para que tomase una resolución inmediata y de acuerdo con el deseo del Cuerpo español.

— *SE LLEVA A CABO EL PLAN.*

Estas alentadoras noticias y planes, permitieron a la Romana dar una contestación al emisario de Bernadotte, a base de pedirle algún plazo para tomar a las tropas el juramento y así ganar tiempo para llevar a cabo los planes de evasión.

Acto seguido y una vez tomada su decisión, la Romana entra en acción, encarga la misión de llevar instrucciones a cada guarnición y personalmente a los jefes de las unidades, a oficiales a los que el secreto había sido revelado, envía oficiales de confianza a los diferentes puertos para preparar el embarque de las distintas unidades, si bien comprende lo difícil que será conseguir que las que habían sido diseminadas en Seeland pueden cumplir con pleno éxito las instrucciones, realización de sus fervientes deseos.

Dos eran las mayores dificultades para llevar a cabo el propósito, la de hacerse dueño de Langueland y la de contrarrestar la acción del 2º Jefe puesto, al parecer, del lado de los franceses; para evitar ésto último los oficiales llevaban la orden de entrevistarse previamente con los coroneles y oficiales de las unidades de Jutlandia y luego entregar las órdenes al jefe de las fuerzas en el continente, para así evitar la acción perniciosa que este pudiera realizar.

Otro oficial fué destacado para observar los movimientos de las tropas de Bernadotte en Stadersleben y así poder combinar mejor los movimientos de embarque. Este oficial fué hecho prisionero y tuvo un duro cautiverio.

La noche del 6 al 7 de agosto, se presentó a la Romana el Teniente Coronel Don José O'Donnell con dos oficiales del Batallón de Cataluña que marchaban a comunicarle que en Langueland iban a romper por fin todas las ligaduras.

El 7 de agosto las tropas concentradas en Fionia se apoderan del puerto y del Castillo de Nyborg, a cuya altura había llegado Sir Richard Keats con una escuadra destacada de la flota del Báltico, cogiendo a los daneses completamente de sorpresa y por ello no hubo resistencia, salvo la de un valeroso y obstinado oficial que mandaba un bergantin (un brick de 18 cañones) y un cutter de 12 cañones que se hallaban en el puerto, el primero amarrado de traves en la entrada y que hizo fuego sobre los españoles y no quiso rendirse hasta que una fragata inglesa y cinco cañoneros se aproximaron al puerto y

batieron, con sus cañones y con la ayuda de las baterías de la plaza que servían las fuerzas españolas a estos navíos.

El día 8 de agosto las tropas de Jutlandia dieron el golpe; el regimiento de infantería de Zamora en Fredericia se apoderó (Arteche dice que les fueron facilitados por los respectivos gobernadores), de cierto número de barcos pesqueros, que se encontraban en diversos puertos con los que pasaron a Fionia, sin ayuda exterior, con no mucha dificultad. El 2º jefe, el único traidor en el campo, y al que se había mantenido en la ignorancia de lo que se iba a hacer, cuando supo a sus tropas en movimiento y recibió la nota explicatoria de la Romana poniendo en su conocimiento el estado de los asuntos y decisiones tomadas, fingió obediencia a lo planeado, dió órdenes en favor del movimiento, y así, disimulando, huyó al acantonamiento francés inmediato y puso al enemigo al corriente de tan graves acontecimientos. Las fuerzas de caballería Infante y Rey, tuvieron el mismo éxito que sus camaradas de Zamora, se apoderaron de barcos pesqueros en Aarhus y abandonando sus caballos cruzaron sin oposición a Fionia. Sus camaradas del regimiento de Algarve fueron menos afortunados, sufrieron algún retraso por la indecisión de su viejo coronel y la falta de patriotismo de su segundo, así cuando Costa, el capitán más antiguo tomó el mando marchando todos de Horsens hacia el puerto de Fredericia, era muy tarde, una brigada de húsares holandeses (belgas dice Arteche), informada por el 2º Jefe, los cercó en el camino y les hizo a todos prisioneros; Costa o mejor dicho Coste, pues era francés, viendo que toda la responsabilidad caería sobre él, se suicidó en el momento de rendirse para que nunca se creyera que había engañado a sus camaradas españoles.

Así pues, la Romana había concentrado en Nyborg (Fionia) cerca de 8.000 hombres y era tan fuerte como el general danés de Odensee que no osó actuar contra él.

El 9 de agosto la Romana pasó de Nyborg a Langueland con cuatro compañías de Barcelona y los dragones de Villaviciosa; dragones que pasaron en parte con los caballos a nado a la isla de Fassing para así adelantar camino y ganar tiempo, el resto lo hizo en lanchones, y luego no sin grandes dificultades por la escasez de medios de transporte y por la anchura del estrecho (unos 5 kilómetros) pasaron a Langueland.

Cuadra por estar Vives enfermo actuó habilmente en la isla de Langueland para dominar a los 100 granaderos franceses, hacer inútil la acción de Gautier cerca del Gobernador de Dinamarca, conde de Alsfeld, prender a uno y otro, desarmar a la numerosa guarnición y apoderarse de las baterías, todo ello con solo el Batallón de Cataluña, que demostró así su decisión y bravura.

El 13 pudieron desembarcar sin peligro el Marqués y todos los cuerpos que el 11 habían embarcado en la punta de Slipshaen, vecina al puerto de Nyborg.

Parte de éstas operaciones se habían llevado a cabo con la ayuda de la marina inglesa.

En Langueland estaban las fuerzas seguras, ya que podían ser protegidas de los daneses por los barcos de guerra ingleses que ya se estaban reuniendo en el lugar, a las órdenes de Sir James Saumarey que el día 18 había llegado



• GOTHENBURGO

Frederikshaven

SUECIA

CATTEGAT

Aalborg

[Rgto. Infante] RANDERS

[Rgto. Rey] AARHUS

Brig. Cab. Holandesa
Fuerzas Int Danesas

JUTLANDIA

HELSINGBORG

[Rgto. Algarve] HORSSENS

[Rgto. Princesa
1er Bon. de Bava]

[Rgto. Guadalupe
Rgto Asturias]

[2er Div
Rgto Zamora]

FREDERICA

Slagminde

ROESKILDE

COPENHAGUE

• Malmoe

[3er Bon. Rgto
Princesa
Zapadores]

FIONIA

Escua. Pr. Almans
3000
neses

[3000 soldados
GARSSES]

[2er Bon. Rgto Princesa]

Assens

SCHLESWING

Faaborg

[Escudra Rgto
Villaviciosa]

SALANG

FALSTER

[2er Bon. de
Barcelona]

[1er Bon. Cataluna
100 gran. franceses
800 daneses]

Slesvig

ALEMANIA

al Báltico y que al día siguiente conferenció con la Romana en el «Victoire», resolviendo que el embarque se realizase en los mismos barcos que habían servido para la travesía de Nyborg a Langueland para, en ellos, dirigirse a Gottemburgo.

El 20 se enviaron despachos a Copenhague, despachos que se había pensado enviar el día 9, pero que la Romana creyó entonces no era conveniente para no descubrir toda la trama, reclamando al rey de Dinamarca la entrega de los regimientos de Asturias y Guadalajara (los confinados) prisioneros en Seeland pero conocedor éste ya de los hechos, el barco fué recibido a cañonazos a pesar de la bandera blanca con que se presentó.

Es de destacar el detalle de que algunos pequeños grupos de los soldados aislados en Seeland, en total unos 150 hombres, se unieron al grueso, previo burlar a sus guardianes y apoderarse de unos barcos pesqueros, pero éstas fueron las únicas fuerzas de los regimientos de Asturias y Guadalajara, amotinados el 31 de julio, que pudieron huir, pues el resto fueron desarmados o contenidos por los soldados daneses del grueso del ejército.

Vemos como en 10 días lograron verse reunidos en Langueland unos 9.500 hombres que esperaban ansiosamente la llegada de la anunciada escuadra inglesa, pues por proclamas introducidas en la isla y el fuego de algunos cañoneros daneses durante la noche del 19, se esperaba algún ataque serio por lo que se apresuró el abastecimiento y aguada de los buques para emprender lo antes posible la huida; operación llevada, pues con prudencia y celeridad.

— LA HUIDA.

En día 21 dió comienzo la reunión de tropas junto a la batería de Spotsbierg, armada y guarnecida por nuestras tropas.

El día 23, se presenta Keates con la escuadra y se inicia, apresuradamente, el embarque, en todos los botes y chalupas de la escuadra inglesa, y barcas de pesca danesas, según lo decidido, protegidos por las cañoneras, operación que terminó a las 15 horas. A las 18 horas largó velas el convoy rumbo a Suecia protegido por la división naval del Contraalmirante Keates, compuesta de los navíos: «Superbe», «Brunswick» y «Gorgone», las corbetas «Devastación» y «Hund» y dos bergantines, naves que también llevaban tropas. La expedición no llegó a la espaciosa bahía de Gotttemburgo hasta el día 27 debido al viento en contra que tuvo durante la travesía, y a la imposibilidad de navegar de noche por costas con numerosos escollos e islas, allí permanecieron parte de las tropas en los barcos y parte en los islotes que cierran el puerto, hasta su partida para España.

El 5 de setiembre llegaron los 37 transportes que eran esperados para llevarlos a España. Acomodados en ellos, el 12 salieron de Suecia, el 17 avistaban las costas inglesas y después de un largo viaje durante el que corrieron un fuerte temporal, llegaron a las costas españolas, de Galicia, en salvo todo cuanto pudo ser evacuado de las islas danesas y según detalle que figura en el estado número 2, un cuerpo de unos 9.500 hombres, que siguieron embarcados a Santander donde desembarcaron y fueron equipados. El 11 de octubre este cuerpo fué dislocado y enviada la Infantería a Vizcaya para tomar parte

en la segunda campaña del general Blake y la Caballería a Extremadura para ser provista de caballos.

Como la Romana fué llamado a Madrid para informar a la Junta, éstas tropas de tan elevado espíritu y patriotismo tomaron parte en la batalla de Espinosa a las órdenes del Conde de San Román, el segundo comandante en esa ocasión.

BIBLIOGRAFIA

Historia de España	Ballesteros.
A History of the peninsular War	Charles Oman.
A secret mission to the Danish Isles	Robertson.
Guerra de la Independencia	Arteche.
Histoire de la guerre d'Espagne	Grasset.
Histoire de la guerre dans la Peninsule	W.F.P. Napier.
Journeaux des sièges faites ou soutenis par les français dans la Peninsule	Belmas.
Memoires	Bourriene.
From Jens two Moscow	Von Suckow.

ESTADO N° 1

Estado de tropas que componían la División Española al mando del Marqués de la Romana y que por demanda de Napoleón, hecha después de la batalla de Jena, y de acuerdo con las cláusulas del tratado de San Ildefonso, debía formar un cuerpo de observación en la costa del Báltico.

<i>A R M A S</i>	<i>C U E R P O S</i>	<i>N° Unidades</i>	<i>TOTAL Personal</i>	<i>Observaciones</i>
<i>1.- Procedentes de España.</i>				
<i>Infantería de Línea:</i>				
	Princesa.....	3 Batallones	2.282)	
	Guadalajara (8 ^{er} . Bon.).....	1 Batallón	778)	
	Asturias.....	3 Batallones	2.332)	
	2° de Barcelona.....	1 Batallón	1.240)	
	Rey.....	4 Escuadrones	540)	Total.— 8.806
	Infante.....	4 Escuadrones	540)	hombres: de los que
	Almansa.....	4 Escuadrones	540)	7.029 a pié .
	Artillería (Caz):	1 Compañía	270)	1.777 a caballo
	Artillería: A pié.....	1 Compañía	89)	
	A caballo.....	1 Compañía	68)	
	Tren.....			
	Zapadores.....	1 Compañía	127)	
<i>2.- Procedentes de Etruria.</i>				
<i>Infantería de Línea:</i>				
	Zamora.....	3 Batallones	2.256)	
	Guadalajara (1° y 2°).....	2 Batallones	1.504)	Total.— 6.140
	1° de Cataluña.....	1 Batallón	1.200)	hombres: de los que
	Aigarve.....	4 Escuadrones	540)	5.060 a pié
	Villaviciosa.....	4 Escuadrones	540)	1.080 a caballo
	Artillería: A pié.....	1 Compañía	100)	
	T O T A L.....		14.946	

ESTADO N° 2

Detalle de las tropas de la División del Marqués de la Romana, expedicionaria en el Báltico, señalando de las que pudieron evadirse y regresar a España, y las que quedaron en Dinamarca (del parte del Brigadier conde San Román).

A R M A S	CUERPOS	Regresaron			Quedaron		
		N° Unidades	Ofics.	Tropa	N° Unidades	Ofics.	Tropa
<i>Infantería de Línea:</i>	Zamora	3 Batallones	54	1757	11	162
	Princesa	3 Batallones	62	1953	9	124
	Guadalajara	2	120	3 Batallones	62	1792
	Asturias	—	20	3 Batallones	69	2075
<i>Infantería Ligera:</i>	1° de Cataluña	1 Batallón	44	1066	—	25
	2° de Barcelona	1 Batallón	39	1205	1	53
<i>Caballería de Línea:</i>	Rey	4 Escuadrones	39	551	5	60
	Infante	4 Escuadrones	35	561	8	57
	Algarve	—	—	4 Escuadrones	38	541
<i>Caballería Ligera (caz):</i>	Villaviciosa	4 Escuadrones	34	580	2	6
	Almansa	4 Escuadrones	39	560	4	40
<i>Artillería:</i>	4 Compañías	16	349	3	15
<i>Zapadores:</i>	1 Compañía	5	99	3	—
Total	369	8821	215	4950

El ganado quedó todo